

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

A LA JUVENTUD

¡Oh, juventud! ¡Juventud! Sueña en la gran obra que te espera, yo te lo suplico; tú eres el obrero futuro que has de echar los cimientos del siglo próximo, que sin duda viene llamado a resolver los problemas de verdad y de igualdad planteados por el siglo que acaba; nosotros los viejos, los mayores, te dejamos el formidable montón de investigaciones, muchas contradicciones y obscuridades tal vez, pero seguramente el esfuerzo más apasionado que siglo alguno ha hecho hacia la luz, los documentos más verídicos y el más sólido fundamento de ese vasto edificio de la ciencia que tú debes seguir edificando para tu honor y tu felicidad.

Sólo te pedimos que seas más generosa, más libre de tu espíritu, que nos sobrepujes por tu amor a la vida normalmente vivida, por tu esfuerzo puesto por entero en el trabajo, esta fecundidad de los hombres y de la tierra, que sabrá hacer crecer al fin la desbordante cosecha de alegrías bajo el sol espléndido. Nosotros te cedemos fraternalmente el sitio, felices de desaparecer y descansar, nuestra parte de labor cumplida, en el reposo de la muerte, si sabemos que tú continúas nuestra obra y que realizas nuestros ensueños.

EMILIO ZOLA

IMPENITENTES

Habla Sagasta, habla Silvela, habla Romero... Todos hablan. Y tú y yo, Fabio amigo, nos preguntamos con asombro: ¿cómo se atreverán a hablar?

Es que nosotros, pío Fabio, somos de otra contextura. Pecados, tímidos, encogidos, carecemos de desparpajo. Cualquier culpa nos haría enmudecer; toda responsabilidad nos aterra. Supón que un día, estando en visita, tuviéramos la desgracia de derribar, haciéndole mil pedazos, un hermoso tibur japonés. Por largo rato no osaríamos alzar los ojos, ni sabríamos qué cara poner. Pues á esos caballeros se les ha caído y hecho trizas nada más que la madre España. Y helos ahí tan frescos, disputándose los fragmentos.

Un gran prejuicio psicológico ha imperado hasta nuestros días. Reconociase la posibilidad de que un hombre, por enfermedad espiritual, careciese de entendimiento. Se admitía la existencia de aquellos que, según la expresión consagrada, «no tienen corazón». Pero las nociones del bien y del mal, de lo justo y lo injusto, del mérito y la culpa, esas se suponían en todos. Ni el moralista teórico ha sospechado que faltaran nunca, ni el legislador ha tenido en cuenta su posible ausencia al aquilatar la responsabilidad. Tuvo que venir la ciencia experimental a demostrar con hechos que hay personas totalmente desprovistas de esos capitales postulados de la ética.

Hay todavía en esta ciencia un capítulo por hacer: es el de aquellos que carecen de ese sentido de las responsabilidades para una sola esfera de la vida, teniéndole sin duda para las demás. Personas estimables en las relaciones privadas, buenos amigos, buenos hijos, buenos esposos, excelentes padres de familia, los cuales, no obstante, cuando han inferido al país en que nacieron, y cuya representación como políticos ostentan los más grandes daños y los quebrantos más enormes, se quedan tan tranquilos sin pizca de pesar y sin asomos de remordimiento. A esta singular especie de amputados de la conciencia pertenece, a no dudarlo, más del 90 por 100 de los políticos de España.

La dolencia es tanto más grave cuanto que, si en algún orden de la vida se hace necesario que la susceptibilidad moral alcance los límites de lo exquisito y delicado, es sin duda en el orden público. Peca cada cual en lo privado en nombre propio; en lo público, en representación. Alcanzan á cada uno en su vida particular las consecuencias de sus pecados; en la pública caen sobre terceros inocentes. El mal que de la falta particular deriva, tiene una trascendencia limitada; en lo público la tiene inmensa. Por eso es el orden político aquel en que importa más que el sentido moral se inspire en los preceptos de la más pura austeridad.

Por buscar á la oveja descarriada, dejaba el pastor divino abandonado el rebaño. Para el autor de tal parábola, los arrepentidos valen más que los incorruptibles. La experiencia no confirma este juicio en que la generosidad hace agravio á la justicia. Dígalo la estadística de las reincidencias. *Qui á bu boira*, dice el proverbio francés. Mal consejo será el que aconseje á un pueblo entregar sus destinos en manos de los que le han perdido, siquiera los tales emplearan para borrar sus pecados todas las durezas de la penitencia.

Si esto es con los arrepentidos, ¿qué será con los recalcitrantes? Un falso amigo ha abusado de la confianza con que le recibías en tu casa, tratando de seducir á tu mujer ó á tus hijas, después de lo cual, lejos de retirarse penitente y avergonzado, osa todavía solicitar tu intimidad. ¿Le admitirás de nuevo en ella? Un administrador infiel ha dilapidado los bienes que entregaste á su custodia, y luego tiene la frescura de pedirte le confíes el resto. ¿Pondrás en sus manos lo que queda de tu fortuna? Si tal hicieres, Fabio incauto, amén de perder dinero y honor, no has de extrañar que todo el mundo te repunte merecedor de tu desgracia por insensato y majadero.

ALFREDO CALDERÓN

EL ANDAMIO

En el tablón, sustento de su vida y amenaza perpetua de su muerte, la blusa por el aire sacudida igual que su existencia por la suerte, y alegre, joven, con el alma llena de esperanzas y amor, suda y se afana entonando un cantar, que al cielo sube envuelto en anchura nube de cal, que dora el sol de la mañana. Un día y otro, desde aquellos años que son tan cortos y huyen tan de prisa en que no tienen voz los desengaños y en que saben las lágrimas á risa, fué el andamio su anhelo más querido. El aprendiz que á él sube ya ha vencido; ya es un hombre de obrero consagrado; allí el bautismo del trabajo se halla como está el del soldado en el sangriento horror de la batalla.

Hasta él llegó por fin; con él unida su historia entera marcha; aquel madero es toda su fortuna, el compañero constante de las luchas de su vida. Firme sobre él, emprende su tarea; la blanca blusa en el espacio ondea; tras un combate formidable y duro cede el tapial del músculo al empuje y, oscilando en el muro el hombre canta y el tablado cruje. Canta, pero tal vez en sus canciones hay vibraciones de clarín de guerra, ecos sordos de ahogadas maldiciones contra los poderosos de la tierra. Tal vez al contemplar desde la altura de aquella tabla rota é insegura, la multitud que goza y se divierte, siente brotar del fondo de su pecho apetitos de muerte y oleadas de rabia y de despecho.

Tal vez puede pensar que en la morada, donde dejó pedazos de su vida, por él, piedra tras piedra, levantada por él, golpe tras golpe, construida, habitará el burgués, el caballero que tiene por insulto y por ultraje el que roce la blusa del obrero el satinado paño de su traje. Tal vez lo piense y al pensarlo cante, haciendo del cantar grito de guerra y queriendo decir con arrogante voz á los poderosos de la tierra:

«Desde esta humilde tabla, os desafío! ¡Miradme bien. Vuestro edificio es mío; mío, desde el remate hasta la planta; mío, por que mi mano lo construye; y esta mano, es la mano que levanta, pero es también la mano que destruye!»

JOAQUÍN DICENTA

DERRENGADOS

Venga usted y verá trabajar á la gente. No hace falta correr calles y más calles para probarlo, en busca de una casa especial que se dedica á matar hombres en la bruta labor de una ganancia sordida. Aquí mismo. Es igual. ¿Quiere usted que entremos aquí?

La ciudad paseaba tranquilamente por la calle Ancha. Se veía de lejos, desde la cabeza de ella, la espléndida iluminación de arcos voltaicos, colgados en hilera sobre el centro. Los casinos, círculos y cafés sacaban sus cómodos sillones, despatarrados para que los socios estuviesen casi echados á la larga. Se fumaba con deleite y se tomaban líquidos deliciosos, saboreados con avaricia y fruición.

Pasaban y repasaban las salerosas mujeres de la tierra, envueltas las humildes en ligeros mantones de hilo, que las marcaba la línea del pecho y las ceñía la cinturita gentil, y llenas de seda y adornadas de sombreritos las elegantes y flexibles muchachas de la riqueza... Las unas echando de sí el olor de las flores prendidas; las otras murmurando el siseo de las faldas ricas que provoca no sé qué deliciosas sensaciones en lo más profundo del sistema nervioso...

Rodaban coches por todos los sitios, según la costumbre local de casi toda Andalucía. Jaraneaba la ciudad que pasaba hacia los restaurants y los cafés. Se buscaba aire, paseo, descanso, anhelos de vivir.

Entonces entramos en una tienda de montañeses, en una de las renombradas tiendas de nuestros paisanos. Salía el tufo de las frituras; nos golpeaba la gente; nos avisaban los muchachos que aquel cuarto y el otro y el otro estaban preparados ya para otros comensales.

—¿De dónde eres? —le dije al pobre chico que entró á preguntarnos qué queríamos tomar.

—De Santander.

—Pero ¿de qué pueblo?

—Yo soy del Valle de Cabuérniga.

¡Cabuérniga! A pesar de mis deseos de cosmopolitismo, de mis ansias de desplazamiento, á lo alemán, me tembló el alma de recuerdos de la tierra. El también se quedó triste un momento—lo justo que le dejaba el loco engranaje de aquel servicio—, cuando yo le dije que era de Reinosa. Le vi por dentro agobiado de la pena devoradora de la nostalgia, haciéndose el fuerte contra la tentación de la vuelta querida. Su novia, su amor grande, escondido, llorado después de irse á la cama, hundido en el corazón cuando le quería salir á la lengua y á los ojos durante el día; su novia, de cabecita rubia y de ojos verdes, muy triste, muy buena, muy delicadita, era la vuelta por las Hojas abajo. Todos los valles, en las torceduras y caracoles del tren, allá abajo, un poco cubiertos de la niebla blanca de la mañana... Hacía allá, al otro lado de las montañas que rodea el tren, no hay amo... Atrás, á lo lejos, por las bocazas que forma el valle, hacia Castilla triste, se ha quedado la pena en forma de trabajo y de ausencia...

—Una vez he ido en los nueve años, y ¡si viera usted cómo me costó volver!... Porque esto está malo. Casi lo mismo se pudiera hacer allí...

Venida así la pregunta y golpeándome en la cabeza el concepto entero, le dije en seguida:

—¿Cuántas horas trabajas aquí?

—Verá usted. A las doce ó más me acostaré esta noche. Después me levanto á las diez de la mañana, y ya no vuelvo á meterme en la cama hasta otro día á las doce de la noche, salvo una ó dos horas que duermo de siesta todos los días. Es decir, que duermo unas once horas cada cuarenta y ocho...

Bárbaro, africano, digno de un mundo de fieras y no de hombres. Todo el día, toda la noche, casi siempre durante nueve años, sin descansar lo que descansa una máquina, como un poseído de demonios que no puede estar quieto, como un enfermo del San Vito más violento, más loco, más esforzado, más que la bestia fuerte y resignada, subiendo escaleras sin cesar, bajándolas cargado, contento á la fuerza para más horror... El paisanito, muchos paisanitos ganan así la perra vida en Andalucía.

Y es necio emigrar para ese esfuerzo, la mayor de las veces inútil. Es estúpido que unos dejen las mujeres, otros dejen las madres y las hermanas,

que otros sufran allá por las novias y por la tierra querida. Se hacen ricos unos pocos á fuerza de un trabajo de caballería y de privaciones que siguen teniendo después, por costumbre, toda la vida, y que les hace desgraciados siempre. Es inútil, triste, salir para matarse en balde. Ese trabajo, ese gran amor al trabajo que tienen casi todos los montañeses, casi todos los habitantes en nuestro Norte, deben gastarle bien.

—¿Por qué no vuelves, por qué no vuelves? Si empleaseis allí la mitad de las horas que empleáis aquí en trabajar, ¡qué hermoso paisaje de fábricas y montañas embellecería la vida!...

El derrengado paisanito, con el arañozo brutal de la fatiga alrededor de los ojos, sonrió triste, como si la visión de su gran amor le guiara por los valles abajo, en una espléndida mañana de bellas esperanzas...

R. SÁNCHEZ DÍAZ

Lanzadas.

El discurso de Romero:

—¿Cuánto tiempo sin vernos, señores! Pero ya estamos aquí otra vez todos. ¡Cómo pasan los años! ¡Cuidado que está viejo Sagasta! ¡Pues y yo! ¡Y Silvela! Bueno, pues aquí la cuestión es pasar el rato lo más divertido posible. Hablemos mal del Gobierno. Eso es siempre agradable. Y de la gran prensa. Así demostraré que soy hombre que no se asusta de nada.

Este es un Ministerio interino. Sagasta está ya gastado. Y en cuanto que Silvela apriete un poco... ¿Y qué me dicen ustedes del matrimonio del jefe de los conservadores con el Sr. Maura? Esa sí que es una boda de conveniencia! Y yo pregunto: ¿Dónde se habrá colocado el azahar el Sr. Maura? ¿Dónde conserva la virginidad el cuñado del Sr. Gamazo? Pero, en fin; allá se arreglen como quieran los novios. ¡Yo no haré probar ni un solo dulce de la boda!

Y yo ¿cuándo me caso?, preguntarán ustedes. Pues ahora estoy liado con esos de la concentración. Pero fio poco en ellos. El duque de Tetuán me parece algo tonto, y López Domínguez me parece tonto por completo. Dios los crea y ellos se juntan. Aquí no es posible la vida más que para dos partidos: el liberal y el conservador. Yo no sé por cuál de los dos decidirme. ¡Quiero tanto al Sr. Silvela! ¡Quiero tanto al Sr. Sagasta! En fin, allá veremos. La cosa es para pensada.

¡Caramba! hace dos horas que estoy hablando. Bueno, pues no os molesto más ni me molesto yo. Ya hemos pasado la tarde en amor y compañía. Mañana será otro día. ¡Pero qué divertido es esto del parlamentarismo!

—¿Y qué me dicen ustedes de la cuestión del pimentón?

—¿Cómo lo prefieren los señores? ¿mezclado ó puro?, ¿con aceite ó sin él?

Yo, si he de serles á ustedes franco, de ninguna de las dos maneras.

Habiendo trufas, ¿para qué preocuparse del pimentón?

Pero, en fin, de todos modos, claro es que yo opino siempre en contra de lo que opine el doctor Pulido.

—¿Que es el modo de acertar!

El Sr. López Domínguez, de oficio capitán general, como he leído en no sé qué periódico ácrata, ha renunciado por ahora á interpelar al Gobierno.

—Triste sino el de ese Sr. López!

—Siempre que amenaza con ir á Melilla, se queda en su casa!

—Romero benévolo!

Pero ¿cómo se explican ustedes esto?

El *Liberal* nos da la clave:

«Anda» de por medio en el asunto una senaduría vitalicia, un acta de diputado, y quizá, quizá, la presidencia del Congreso.

Política bizantina, que diría *El Siglo*.

Compra y venta, que decimos los que no somos aficionados á eufemismos.

Se ha publicado la lista del Real.

Como tiple figura el Sr. Moret.

Como baritono el conde de Romanones.

Como bajo el general Weyler.

Como segundas partes los Sres. Suárez Inclán, Veragua, etc.

Como maestro de baile el Sr. Sagasta.

Y como jefe de la claqué el Sr. Romero.

Ya tenemos en Roma á la peregrinación española.

—Nada; que nos van á hacer creer que España es un país esencialmente católico!

—Lo que se reirá Rampolla!

—Pero qué hipócritas somos, y qué cobardes!

Capdepón pasea por la playa acompañado de Alonso Castrillo.

—¿Ve usted? En este mundo todo es útil y necesario. Si no hubiese mar, ¿qué sería de los marineros?

DON QUIJOTE



LOS NUEVOS SENADORES VITALICIOS



EL DISCURSO DE SILVELA

Don Paco.—¡Con coldrean entrará mejor!



LA APERTURA DE CORTES

¡Vengan guapos aquí!



HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID



REFLEXIONES DE UN MACERO

—Desde el año 69 vengo oyendo los mismos discursos a los mismos Senadores y cada vez estamos en peor situación. ¡Aquí de la frase de Pucheta!



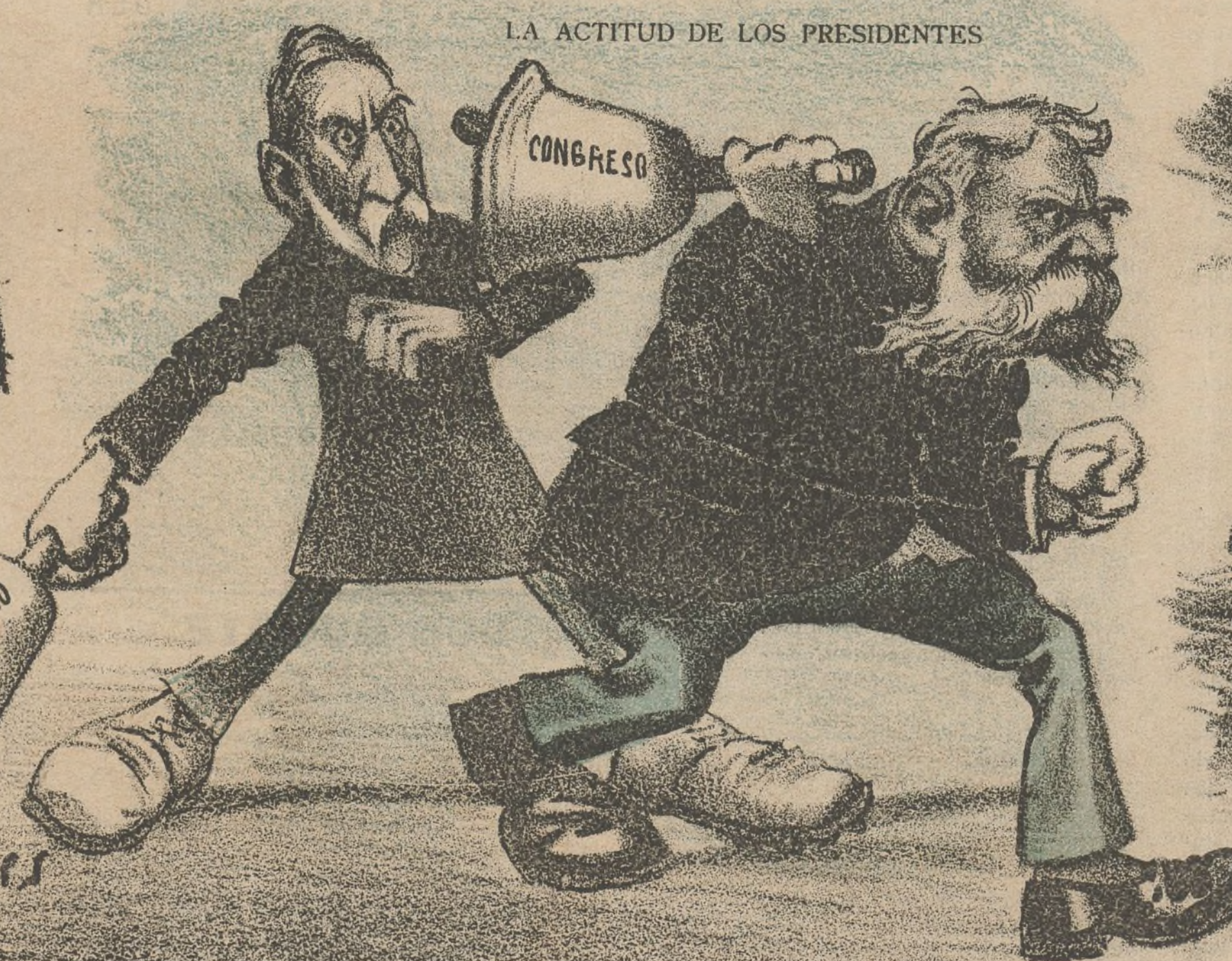
LOS NUESTROS.—FRANCISCO PI Y ARSUAGA



LA LEY DE SEGURIDAD

Don Segis.—¡De esta hecha le dejo sin barbas!

J. Hermosillos



LA ACTITUD DE LOS PRESIDENTES

Dispuestos a tirarle a Moret la campanilla en el momento que quiera actuar de Jefe.



SAGASTA Y LA MAYORIA

Don Práxedes.—Ya lo sabéis hijos míos á ser buenos y á no darme ningún disgusto, por que de lo contrario me voy á mi casa y aconsejal que todo lo puede que llame á los Conservadores.
La mayoría.—¡Mee! ¡Mee!

JUSTICIA DISTRIBUTIVA

X**, tendero de comestibles, comparece ante el correccional por haber despachado géneros alimenticios adulterados.

Presidente.—X**: El revisor, ha comprobado que vuestro chocolate es un compuesto al que sobra tanto óxido de mercurio y tierra roja como falta de soconusco.

X**.—Sí, señor presidente.

Presidente.—Vuestro café está fabricado con ligado de caballo cocido al horno, polvo de madera de caoba y caramelo; vuestras lentejas las conserváis con sulfato de cobre; vuestra mantequilla no es más que grasa colorada con plomo, y cuanto a la cerveza, es una mezcla de belladona, cabezas de adormidera, datura de estramonio y de ácido pterico. ¿Es exacto todo eso?

X**.—Exacto.

Presidente.—¿Ignoráis que estos venenos son, en su mayor parte, por extremo violentos?

X**.—¡Diablo! ¡Ya lo creo! ¡La cerveza sobre todo! ¡Yo no bebería un vaso de la mía por todo el oro del mundo!

Presidente.—¿De modo que habéis obrado con premeditación y conocimiento de causa? (X** se retuerce el bigote socarronamente). ¿Qué tenéis que alegar en vuestra defensa?

X** (con arrogancia).—Tengo que decir que el comercio es la teta alimenticia de una nación, y que nadie tiene derecho a poner trabas a los negocios, que ya van demasiado mal.

A pesar de esta elocuente defensa, el tribunal, usando de su severidad acostumbrada, condena a X** a cincuenta francos de multa y gastos de juicio.

El tribunal procede al interrogatorio de un malhechor acusado de envenenamiento.

Presidente.—¿Entonces confesáis haber disuelto una caja de cerillas en la sopa de la viuda Bruno?

Acusado.—Media caja nada más.

Presidente.—¡Sea! Gracias a un concurso de circunstancias, que yo calificaría de providenciales, vuestra infortunada víctima ha escapado a la muerte; pero la intención criminal y la premeditación estaban manifiestas. ¿Tenéis algo que alegar?

Acusado.—Únicamente que estoy dispuesto a pagar la patente.

Presidente.—¿Qué patente?

Acusado.—Una patente de tendero, vinatero... cualquiera; no tengo preferencia por ninguna. (El presidente meneaba la cabeza). De ese modo, se me castigará con cincuenta francos de multa y los gastos del juicio.

Presidente.—Acusado, no agravéis vuestra situación con bromas de mal gusto.

El tribunal, estimando los antecedentes del acusado, le condena a veinte años de trabajos forzados solamente.

Acusado (filosofando en su prisión).—Tratad de envenenar a una sola persona, y se os condena a veinte años...; envenenad mil, y se os multa en cincuenta francos...; diez mil, y se os condena... ¡«Para tener éxito en este bajo mundo, es preciso hacer las cosas en grande.»

MIGUEL THIVARS

LA LEY DE SEGURIDAD

Queda prohibido según la nueva ley de seguridad:

Recordar la pérdida de nuestras colonias.
Mentarle a Villaverde la credencial.
Dividir en dos partes el apellido Rampolla.
Hablarle a Moret de sus hipotecas.
Nombrar a Comillas.
Nombrar a Merino.
Repetir las exclamaciones y frases gruesas que pronuncia Vega Armí o, desde la presidencia del Congreso, en sus famosos aportes.
Negarle talento a Rodríguez.
Burlarse de Silvela.
Llamar tonto a Capdepón.
Molestar a los señores frailes.
Pronunciar palabras ofensivas para la Iglesia.
Contarle los años a Sagasta.
Hacer chistes de Suárez Inclán.
Reirse de Veragua.
Criticar a Aguilera.
«Faltar» a Barroso.
Guasearse de Almodóvar.
Creer en Weyler.
Tomar en serio a López Domínguez.
Tener vergüenza.
Elogiar a Canalejas.
Ser «hombre».
Mofarse de Veragua.
Aplaudir a Romanones.
Insultar a Nocedal.
En una palabra, no nos será permitido nada. Ni siquiera vivir.
¡Caballeros, se impone la emigración!

Vendimias...

La faena alegre
ha dado comienzo...
Ya entró el regocijo de la gente moza
Que recoge el fruto cantando y riendo,

El fruto de tantos cuidados y afanes,
Bendición del cielo!
Aquel cuyo zumo de color dorado
Da ventura al alma, bienestar al cuerpo.

Trepando, trepando
Por la senda arriba
Entre mil matices de verdor y grana
Camina dichosa la alegre cuadrilla.
Está amaneciendo: rocío de plata
inunda la viña.
Cuando el sol apenas llega al horizonte
Los vendimiadores van a la vendimia.

Cortando racimos,
Oculta por hojas...
Se ve al fulgoreo de sus bellos ojos,
Su apostura esbelta, sus gentiles formas.
Dulces y sabrosos, tanto como el néctar
de la uva que corta.
Son los labios rojos, henchidos de vida,
que en el rostro luce la vendimiadora.

Ya se animó el campo;
Nada hay en reposo.
Ya en los negros lagos con hervor latente
Va, entre la alegría, fermentando el mosto.
En la sucia pisa reina la algazara.
Cunde el alborozo.
Que la nueva sangre ha de darnos luego
Vital energía, calor venturoso.

Y canta la ronda
Después del trabajo.
Aunque la fatiga rinde al organismo
El espíritu siempre, se alivia cantando.
Por la calle arriba, los vendimiadores
Marchan festejando
A la moza aquella del esbelto talle,
De los ojos bellos, de los rojos labios...

L. MARTÍNEZ PINEDA

BIQUETTE

La elegante familia no había ido a veranear por razones económicas más que por otra cosa.

Por las mañanas, salía el coche del hotel, situado en una calle próxima a la de Serrano, y se detenía en el paseo de coches del Retiro, junto al invernadero.

Del coche bajaban dos señoritas y una institutriz con dos niñas de cuatro a cinco años. Las dos señoritas se reunían con una amiga, acompañada de una inglesa, y paseaban todas, hablando, riéndose, en el andén solitario, dando una nota alegre de color, con sus trajes vaporosos de verano.

Tras de ellas, mariposeaban dos jovencillos con sombrero de paja y pantalón blanco, dos gomosos acicalados, repeinados, con los bigotes retorcidos y el pelo brillante por el cosmético.

Ellas, con la sonrisilla burlona de los espíritus mezquinos, cambiaban sus observaciones aprovechando alguna ocasión para mirarlos; ellos, a pesar de su trivialidad y de su petulancia, pensaban en la dote, en el hotel confortable, en el coche lujoso.

La institutriz, llevando las niñas de la mano, marchaba detrás con la inglesa. Era rubia, bonita, menuda, de talle flexible, iba algo inclinada hacia adelante, y en su figura había algo indefinido como una idea, algo indefinido como un sueño. Era francesa y le llamaban, familiarmente, Biquette.

Cuando se cansaban las niñas de andar, Biquette se sentaba en un banco, y mientras las chiquillas hacían montones de arena en el suelo, la institutriz miraba pensativa con sus ojos azules las masas de verde follaje y meditaba.

Tenía en qué pensar el día anterior un joven aristócrata le había escrito que la adoraba, que toda su fortuna se la ofrecía, y que si ella no sentía indiferencia por él, que deseaba verla y hablarla con frenesí y que la esperaba aquella noche en la puerta de la verja del hotel.

Biquette, al recibir la carta y al adivinar su intención, no se indignó como otras veces, no porque experimentase interés por el que la escribía, sino porque estaba harta, cansada de su vida, que se le representaba monótona, horrible.

Primero los años de su infancia en aquella aldea bretona, triste y llena de brumas. Luego recordaba con gusto el colegio de Rennes, en donde pasó sus años de la niñez, los mejores de su vida, estudiando para obtener el *Certificat de Tiro* y el *Brevet* con tanta ansia esperado, y le venían a la memoria sus ilusiones místicas de niña, cuando purificada por la comunión, sobre su cama estrecha de colegiala, se le aparecían procesiones de santos llevando al Divino Cordero, todo amor, todo pureza, y pasaban ante sus ojos las Dolorosas de los ojos negros y de la cara macilenta, las vírgenes de las azules túnica, con blancos lirios en la mano; las beatas, los mártires, los venerables, todos envueltos en claridades celestes, caminando sobre nubes de incienso, nubes blancas, como mármoles griegos, salidas a borbotones lentos de enormes incensarios de plata colgados de las estrellas.

Y confundiendo con aquellas imágenes benditas, se presentaba a su imaginación la figura de la hermana Trinidad, con su rostro blanco como

una medalla de plata, y sus ojos dulces, y le oía exhortar a las colegialas a ser buenas religiosas y honestas.

Luego del colegio pasaba su memoria otra vez a la aldea de Bretaña, en donde su nodriza le contaba la triste historia de su madre, la historia de la mujer seducida, que abandona el fruto de sus amores y va a refugiarse en la capital, y en el tiempo pasado en casa de su nodriza ante el campo lleno de hierbas y de flores, por donde vuelan las mariposas, el ideal místico de la fusión con Dios se desvanecía en su alma e iba creciendo en ella y ocupándola por completo el ideal humano del amor, de la vida, de la maternidad, del trabajo.

Trabajar, luchar, pensaba; pero ante todo conservarse pura y limpia de pecado, como decía la hermana Trinidad. El ejemplo de su madre le aterraba.

Cuando le hicieron la proposición de ir a España, fué para ella un rayo de alegría. ¡A España! ¡El país del sol, donde florece el naranjo, la tierra del Cid, de los amores romancescos!

Luego ya en España sus recuerdos se confundían con sus dolores. Era desdenes de las señoritas, siempre humillándola en sus ilusiones de mujer; desdenes de la señora, preocupada en vencerla de que, a pesar de su buena educación, era tan sólo una criada; brutalidades del señor que quería seducirla, con sus sesenta y tantos años y su cara de imbécil; ingratitudes de las niñas, ya con la doble perversidad de niños y de mujeres. La maldad humana estúpida y cobarde por todos lados.

Su belleza la perjudicaba, le hacía odiosa a sus señoritas y a las amigas de éstas, y su honradez era una falta, una verdadera falta.

Biquette esperó durante muchos días, durante muchos meses, una prueba de cariño de la familia a quien servía; esperó la llegada de un hombre modesto y pobre, pero de buena intención, que la quisiera hacer su esposa, y la prueba de cariño no llegó ni llegó el hombre que quisiera hacerla su esposa, y no recibió más que cartas en las cuales le ofrecían regalos y dinero...

Aquel día la institutriz lo pasó preocupada. De noche, después de acostar a las niñas, mientras sus señoritas flirteaban en los Jardines, Biquette se asomó a la ventana y miró con los ojos muy abiertos la noche negra y sofocante con el cielo cuajado de estrellas. En el jardín del hotel el viento suspiraba entre los árboles con los primeros quejidos tristes del otoño.

Junto a la verja esperaba un hombre.

Biquette sintió en aquel momento verdadero deseo de ahogar por completo la idea de virtud que le habían inculcado, y que la mortificaba; Si era bella, ¿por qué no aprovecharse de su belleza? ¿Para qué conservar un honor que no la servía más que para ser despreciada?

Se encontró fuerte, decidida. Salíó de su cuarto, bajó la escalera, atravesó el jardín y se acercó a la puerta de la verja.

—¡Oh! ¿Es usted, Biquette? ¿Querrá usted amarme?—dijo el que la esperaba con voz llena de emoción, y le tomó la mano. Ella la retiró, y con desdén, friamente, dijo:

—Primero discutamos las condiciones.

Pío BAROJA

LIBROS

Se ha publicado el *Almanaque de La Saeta para 1903*, elegantísimo tomo que contiene artículos y poesías de las más acreditadas firmas, dibujos en negro y en color de artistas afamados, interesantes y sugestivas historietas ilustradas del natural por bellísimas mujeres, y una variada colección de artísticos desnudos hechos exclusivamente para el *Almanaque*.

Precio: una peseta.

¡Casi regalado!

EL ÍDOLO

Hace veintiocho años que mis ojos se abrieron de la luz al claro albor, y quince llevo con anhelo ardiente amando a una fantástica visión.

El rostro tiene del color del nardo; es su pupila dulce y celestial; son doradas sus trenzas, y su boca despide la fragancia del azahar.

Persigo siempre su adorada imagen con el tenaz delirio de mi fe; y nunca entre mis brazos el fantasma impalpable y sutil logro coger.

Allá a lo lejos, entre bruma densa, su figura ideal veo surgir, como surge la náyade del río, flotante, aérea, lánguida y gentil.

Hacia ella avanzo con febril impulso, envuelto de la niebla entre el capuz, y al llegar, la ilusión se desvanece cual de la nube el vaporoso tul.

Y vuelvo a verla en el confin lejano del horizonte, espléndida otra vez, y silencioso, la pesada marcha con incansable ardor vuelvo a emprender.

Como el viajero que el desierto cruza, por la sed abrasado cree mirar hermoso lago de serenas ondas en el igneo confin del arenal.

y redoblando sus esfuerzos corre, y luego se disipa su ilusión, al ver que el puro y transparente lago era un efecto de la luz del sol,

así voy loco y desalado amante, siempre detrás de la celeste huri, sin poder estrechar su cuerpo airoso, conjunto de amapola y de jazmín.

¡Oh beldad que en el mundo de mis sueños veo constantemente aparecer, pálida como el rayo de la luna, dulce como la esencia de la miel!

¡Mezcla de rosa y lirio! ¡Hada divina! ¡Virgen augusta! ¡Cándido ideal! ¡Ven a mis brazos para siempre ¡oh santo, oh sublime amor mío! ¡Oh Libertad!!

PEDRO BARRANTES

ANUNCIOS HUMORISTICOS

¡Jóvenes amantes del confort y de la elegancia, comprad vuestros muebles en el gran establecimiento de A. Vallejo, Alcala, 17!

¿Queréis proporcionarnos una vejez tranquila y sosegada? Pues asegurad la vida en La *Seguros de los Estados Unidos*, Sevilla, 13.

Para olvidar las tristezas de la vida, no hay nada mejor que una copia de *Anis del Monje*, Schopenhauer.



ES EL MÁS FINO, EL MÁS SUAVE QUE SE CONOCE

Librillo con 120 hojas, 15 céntimos. De venta en todos los estancos de España. Depósito: Arco de Santa María, 23.

Se cede una buena habitación para vivir en familia, con asistencia o sin ella, calle del Nao, número 6, principal izquierda.

PAPEL PARA FUMAR

marca REPÚBLICA ESPAÑOLA

Esmerada y pura fabricación Alcoyana. De venta en todos los estancos de España. Fabricante: Leopoldo Ferrándiz, Alcoy.

CASTELAR

(Fragmentos de sus obras.)

En este libro se hallan comprendidos los mejores trabajos políticos y literarios del ilustre tribuno.

Un tomo de más de 200 páginas, con seis retratos de Castelar y artística cubierta, 3 pesetas. Para los corresponsales y suscriptores de DON QUIJOTE, 1,50 pesetas. Los pedidos se harán a esta Administración. Pagos anticipados.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7.

VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, a nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.